DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

drama histórico

EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

DON FRANCISCO IRIBARNE IRIBARNE.

Estrenado con estraordinario aplauso en el Teatro de Almería, la noche del 9 de Diciembre de 1865.

ALMERÍA. — 1866.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. MARIANO ALVAREZ,

impresor de Cámara de S. M.

Calle de las Tiendas, número 19.

PERSONAGES.	ACTORES.
D.ª BLANCA DE NAVARRA.	*Doña Pilar Belaval.*
D.ª LEONOR, Condesa de Foc.	*Doña Luisa Baena.*
ALFONSA, Aldeana del pueblo de Mendavia.....	*Sra. Pinós.*
FERNANDO, Capitan de los tercios del Conde de Lerin..	*D. Francisco de P. Gomez.*
MONSEN PIERRES DE PERALTA.....	*D. Felix Diez.*
DON LUIS BEAUMON, Conde de Lerin.....	*D. Antonio Lopez.*
GASTON DE FOX, hijo de la Condesa.....	*D. Miguel Diaz.*
SANCHO, Aldeano del pueblo de Mendavia.....	*D. José Maria Gomez.*
SIMUEL, Judío.....	*Sr. Francesconi.*

Soldados del Conde de Lerin, y de Doña Leonor.

La accion se refiere á el año de 1464, reinado de Don Juan II de Aragon. Ocurre el primer acto en Mendavia, poblacion pequeña de Navarra, y los otros dos en la fortaleza de Ortes, en el Bearnes.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR D. MANUEL DE BEDMAR Y ARANDA.

Ofrezco á V. este humilde trabajo, en prenda de la antigua amistad que une nuestras familias, y en prueba ademas de la consideracion que merece á su atento seguro servidor

Q. B. S. M.

Francisco Iribarne

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/doablancadenavar00irib

ACTO PRIMERO.

Habitacion en la casa de Sancho, modestamenta decorada; á la derecha del espectador en primer término, una puerta lateral, otra á la izquierda, de la misma manera, y en el segundo una ventana, á cuyo lado deberá haber un velador, y sobre él algunos libros esparcidos en desórden, uno permanecerá abierto. Puerta al foro, és de dia.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO y ALFONSA *arreglando los muebles de la habitacion; al levantarse el telon, ésta se ocupará en poner en órden los libros.*

ALFONSA. Siempre lo mismo, embaucada
con aquestos mamotretos
se pasa todas las noches
entre llorando y leyendo,
y apenas del nuevo dia
alumbra el albór primero,
cuando de casa se parte
vagando con rumbo incierto
por los campos de la villa;
Sancho, yo veo aquí misterio.

SANCHO. Soy de tu opinion Alfonsa;
pero guardemos silencio
sobre lo que acá nos pasa;
porque corren unos tiempos
tan malos, y andan las gentes

tan revueltas, tan inquietos
los nobles contra el Monarca,
y el Monarca contra ellos
irritado de tal suerte,
que por si eres blanco ó negro
le cuelgan á un hombre el saco
en menos que reza un credo;
lo cual no es muy divertido.

ALFONSA. ¡Ay Sancho! yo tengo un miedo
desde que el Conde nos trajo
esa dama.

SANCHO. No hay en ello
cosa que nos comprometa:
el de Lerin, aunque viejo
sigue tocante á amorios
como en sus mejores tiempos.

ALFONSA. Pero.... esa dama ha de ser....

SANCHO. Quien sabe, Alfonsa, callemos;
no haga el demonio que alguno
nos escuche, y el secreto
se divulgue prontamente
entre la gente del pueblo,
haciendo á la vez dos daños,
el de esa dama, y el nuestro.

ALFONSA. Por mi lengua, yo te juro
que nadie habrá de saberlo;
mas hijo, no puede una
evitar, el que un infierno
de vecinas y parientes
se encuentre siempre al acecho;
y critiquen y murmuren
y digan, que si tenemos
en nuestra casa una dama
principal, y otros enredos
por este estilo; que pueden
si se divulgan perdernos;
y como á mi me preguntan,
y yó ya vés, no me atrevo
á darles contestacion,

forman caramillo, y luego
dicen que habrá de pesarnos,
porque al fin y al cabo....

SANCHO. Necios
son los que tanto platican
sin saber, y ahora yo quiero
para los que así preguntan
prevenirte; mas cuidemos
de ver si alguien nos escucha
Alfonsa, porque el secreto
que vas á saber, exige
mucha precaucion:

ALFONSA. Yo tiemblo.

SANCHO. Y yó no estoy muy tranquilo,
á pesar de que en mis tiempos
no todo me intimidaba;
que aunque rústico labriego
era mi espada en la guerra
un rayo; ¡voto al infierno!
¡que no fuera siempre el hombre
jóven y fuerte mancebo!
¡que no conservára siempre
sus fuerzas y sus alientos!

ALFONSA. Déjate de digresiones
que aquí no vienen á cuento,
y vamos á lo que importa;
Sancho, la que en tal misterio
trajo el Conde de Lerin
y que á los ojos del pueblo
pasando está por sobrina
de nosotros, no es lo cierto.
¿que es una dama muy noble?

SANCHO. Es la mas noble del Reino;
la Princesa Doña Blanca
de Navarra.

ALFONSA. ¡Santos cielos!
la hija del Rey en mi casa.
Y yó necia sin saberlo,
¡tratando de igual á igual

con ella, ¡ay san Marcelo!
¿qué van á hacer con nosotros,
si lo saben esos perros
partidarios del de Fox?

SANCHO. ¿Qué han de hacer? ¡Voto á mi abuelo!

ALFONSA. ¿Qué harán? y no lo sospechas
hombre imbecil; como negros
tratarnos, y nuestra casa,
y la huerta y el majuelo
se los llevará la trampa;
y si nos queda pellejo
será un milagro de Dios.

SANCHO. Pues Alfonsa, á lo hecho pecho;
callar y tener paciencia
y esperar.

ALFONSA. Hombre sin seso,
¿Quién te metió en este lio
para perderte?

SANCHO. Silencio,
que hácia esta estancia avanzando
viene Doña Blanca:

ALFONSA. Bueno
yo callaré por ahora;
pero luego, te prometo
que han de escucharme los sordos.

SANCHO. Aquí está ya, pues entrémonos.
(Vánse por la derecha.)

ESCENA II.

BLANCA, *por el foro.*

Ay triste la que nace
bajo dorados techos,
y entre las regias galas
del pabellon real.
Ay triste la que nace
mirando una corona,

que acaso en algun dia
su frente ceñirá.
¿Qué dichas guarda el mundo?
¿qué dulces ilusiones
á la que en los palacios
su vida ha de arrastrár?
¿en donde están sus goces?
¿en donde sus amores?
¿en donde las delicias
de grata libertad?
Desde que nace al mundo,
desde que en régia cuna.
se arrulla por las áuras
de adulacion faláz,
hasta los negros bordes
del término certero
donde la vida acaba
y empieza la verdad.
En brazos entregados
de pérfidos partidos,
que ciegos se disputan
el despojo real;
cual dos hambrientos buitres
que en la region del viento
luchan enfurecidos
la alondra al destrozar.
¡Ay triste la que llora
en soledad amarga,
mirando de los tiempos
el perezoso andar;
sin sacudir un punto
de su dolor la carga,
que el alma le devora
en incesante afan. *Pausa. Se sienta cerca de la ventana, en ademan pensativo: luego mira un momento por ella, y dice.*

¡Que mañana tan pura,
qué bello está el jardin,
las mas tempranas flores

parecen cariñosas
abrirse presurosas
al beso enamorado
del céfiro gentil;
tambien aman las flores,
tambien en su idioma
se cuentan sus amores
y se marchitan tristes
y pierden sus colores,
cuando violentos braman
los vientos de su amor;
no hay duda, sí, las flores,
las fieras y las aves,
y cuanto sér habita
del mundo en las regiones:
ya con roncos rugidos,
ó acentos trinadores,
bien claro nos anuncian,
que de ese sol bendito,
tambien á los ardores
quemándosele el pecho
sienten dentro la voz.
Vosotras ó palomas
que al pié de esta ventana
con el amante esposo
á reposar venís,
tended las prestas alas,
cruzad el blanco espacio
que me separa de él,
y fieles mensageras
decidle, cuan despacio
corre el tiempo cruel.
Decidle que és mi vida
la lúz de su mirada,
que cien y cien coronas
trocára por su amor.
Que incógnita princesa
ó Reina proclamada,
grabada está su imágen

en este corazon.
Decidle cuanto al rayo
de la argentada luna
en sueños amorosos
mi mente deliró;
mas ¡oh! callad el nombre
que la aciaga fortuna,
sobre mi limpia frente
con hieles escribió....

ESCENA III.

DICHA y SANCHO, *por el foro.*

SANCHO. Señora, vuestra licencia *(Desde la puerta.)*
demanda aquí un Caballero,
que dice ser mensajero
de un pliego de su Escelencia.

BLANCA. Decid que pase al instante:
¡Oh Dios mio qué será *(Ap.)*
lo que el pliego contendrá!

SANCHO. Podeis pasar adelante. *(Dirigiéndose adentro.)*
(Váse foro.)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA, FERNANDO; *este vendrá con la visera calada.*

FERNANDO. *(Avanza hasta Doña Blanca, se inclina y alarga un pliego, diciendo)*
Señora: ¡Cielos, qué miro!
(La reconoce y retrocede sin entregarlo.)
es ilusion del deseo
ó víctima de un mareo.....
sueño despierto, ó deliro?

BLANCA. Esa voz, ese ademan,

ese altivo continente.

FERNANDO ¡Es Gimena, Dios clemente!

BLANCA. El és, no miente mi afán.
Y aunque oculto, lo presiento
bajo la acerada malla,
mas... si es él, porqué lo calla?

FERNANDO *(Descubriéndose)* ¡Gimena!

BLANCA. Feliz momento.

FERNANDO Oh dicha! no es ilusion
no es quimera engañadora,
¿és la que constante adora
el alma y el corozon?

BLANCA. Sí, yo soy Fernando amado
que al encontrarte deliro;
mas hoy, al verte suspiro
en guerrero transformado.

FERNANDO No temas, bajo el pavés
de este militar arreo,
cual la quiera tu deseo,
si hay un alma, tuya és,
y un corazon tan amante,
que al mirar tus negros ojos
lanzando rayos de enojos...
ó al ver triste ese semblante,
tiembla, cual tiembla agitada
por el viento combatida
hoja que al tiempo se olvida
entre la seca enramada:
nada se iguala ante mí
con tu amor en este mundo,
que en él mi esperanza fundo
y mi gloria solo en tí.
A Don Luis morir juré
bajo su egregia bandera;
mas dime tú que aquí muera,
y... hasta perjuro seré.

BLANCA. Cual tu lenguaje fogoso
alhaga mi fantasía,
y al compás de su armonía

late el pecho venturoso;
al mirarte así Fernando
de placer se inunda el alma:
feliz yo, si en dulce calma
seguir pudiérate amando.
Si al rayar en el Oriente
la blanca risueña aurora
del astro rey precursora,
que de el mar alza la frente;
si cuando el bosque resuena
bajo los ecos suaves
de las mil pintadas aves
que pueblan su orilla amena,
unida por tiernos lazos
al ser que constante adoro,
pudiera escuchar el coro
de las aves, en sus brazos.

FERNANDO Y allí tus ojos mirando
y tu sonrisa bebiendo,
en Dios y en tu amor creyendo,
y á Dios y á Gimena amando;
sin compás y sin medida
dejar el tiempo pasar;
sin ir al mundo á buscar
azares para la vida.
¿Qué importa amor, por ventura,
la cruda y sangrienta guerra
que agita dó quier la tierra;
si és su aspiracion mas pura?
¿Qué le importa en su grandeza
el constante y loco afán,
la lucha eterna en que están
el pueblo con la nobleza?
Nada; porque en un momento
cuanto con su blanca ala
el amor toca, lo iguala
en belleza y valimiento.
Amor es pasion divina
del mismo Dios emanada,

que en nuestro sér encarnada
su horizonte le ilumina;
es el trasunto ideal
de las glorias del eden,
es el manantial del bien
de la dicha terrenal.
Ama la fiera escondida
del bosque entre la espesura.
y su indómita bravura
por su ley se vé rendida.
De amor, tierna queja al viento
entre trinos concertada,
canta el ave en la enramada
con conmovedor acento;
amor murmura la hoja
del arbol, la clara fuente
dice amor en su corriente
á la flor cuyo pié moja.
Pues ley eterna és de Dios,
que sienta amor en el pecho
cuanto él en el mundo ha hecho
¿no hemos de amarnos los dos?...

Pausa, Fernando mira á Doña Blanca, que parecerá preocupada y llorosa.

¿Mas por qué tus negros ojos
se humedecen con el llanto?
¿Soy causa de tu quebranto,
te dá mi palabra enojos?
¿Ó en la fúlgida armadura
al mirarme hoy encerrado
y en guerrero trasformado,
dudas ya de mi ternura?

BLANCA. Pluguiera á el hado nefando
que causa de mi dolor
ellas fuesen; mas tu amor
ya no es posibe Fernando.

FERNANDO. Presa de un delirio soy
ó vacila mi razon.

BLANCA. ¿Dudas de este corazon,

que cual te amó, te ama hoy?

FERNANDO. Dudo sí; por que en el pecho
arde ya un fuego fatal,
rugiente, fuego infernal
que el corazon me ha desecho.

BLANCA. Y en ese vértigo ardiente,
seré por tí condenada.

FERNANDO. ¡Oh! no me preguntes nada
porque se abrasa mi frente.
Cuando en loco frenesí
dibujaba en lontananza
un porvenir de esperanza
y de amores para tí.
Cuando en mi insensato afán,
contra el destino luchando
vida y sangre prodigando
cual vés, llegué á capitan.
Cuando á tus pies á poner
vengo, el laurel de la gloria
sellado con la victoria
¿tal pago he de merecer?
Malhaya la suerte impía,
malhaya el negro destino
que te puso en mi camino
en aquel aciago dia.

BLANCA. Mas.....

FERNANDO. Rota ya la ilusion
solo la muerte es mi anhelo.
Adios.

BLANCA. En nombre del cielo
escucha mi esplicacion.

FERNANDO. ¿Qué dirás, desventurada
que pueda en tu abono hablár?

BLANCA. Tú mismo vas á juzgar,
quizá no sea tan culpada.

FERNANDO. Diga de una vez tu lengua
honra haciendo á tu valor,
me avergüenzo de un amor
que es de mi decoro en mengua

BLANCA. Os tuve por leal y honrado.
FERNANDO. Sí, mas la aciaga fortuna
me meció en oculta cuna,
fruto de un amor menguado.
BLANCA. Basta ya..... Debo ser franca,
y pues que pensais así,
os diré que veais en mí
á la infanta doña Blanca.
FERNANDO. ¡Vos!
BLANCA. Sí, yó misma, que oculté
mi dignidad.
FERNANDO ¡Oh, perdon!
BLANCA. Fué este amor una ilusion
que siempre conservaré.
FERNANDO. No vuelvo de mi estupór:
¡doña Blanca era Gimena!
BLANCA. Cuando el cambio te dá pena,
era síncero tu amor.
FERNANDO. Síncera, pura, Señora
y eterna, será la llama
que mi corazon inflama,
y que mi pecho atesora.
BLANCA. Procura en tu pensamiento
borrar de este amor la huella.
FERNANDO. Pedid Señora á una estrella
que caiga del firmamento;
pedid á la clara fuente,
suba á la sierra fragosa;
porque ello es mas fácil cosa
que arrancarla de mi mente.
Dejad que conserve aquí *(Señalando al pecho.)*
cual recuerdo de mi gloria,
de aquel tiempo la memoria
tan sagrada para mí.
Yó la erigiré un altar
del pecho en lo mas oculto,
y allí la rendiré culto
mientras él pueda alentar.
BLANCA. Digna és de mejor ventura

la pasion que así te inflama,
tambien arde aquí su llama *(Señalando al pecho.)*
cual la tuya, inmensa, pura.

FERNANDO. Dicha del Cielo....

BLANCA. No mas.
Por lo que acabais de oir;
Fernando, vais á partir.

FERNANDO. Para no volver jamás.

BLANCA. Pues bien, por la vez postrera
llegad mi mano á besar.

FERNANDO. *(Llega, se inclina, y besa la mano á Blanca: luego dice con profundo sentimiento.)*
Lejos ya, os podré adorar
callándolo hasta que muera.

BLANCA. Basta; la ilusion voló
de nuestro amor pasagero:
solo sois el mensagero
que su Escelencia mandó.

FERNANDO. *(Pausa. Saca el pliego que tiene en el cinto y dice con resignacion.)*
Este pliego á vuestra alteza
entregar se me ordenaba.

BLANCA. ¿Y Lerin, dónde quedaba?

FERNANDO. Reunido con la nobleza.
Noticias de vuestro hermano
en su castillo esperando,
y salvarlo meditando
con aliento sobre humano.

BLANCA. Pues corred Fernando allá
do se encuentran sus parciales,
y decid á esos leales,
que aguarden.

FERNANDO. Así se hará.

BLANCA. Guárdeos el cielo....

FERNANDO. *(Vacilando.)* Señora....

BLANCA. *(Ap.)* Aun se acuerda de Gimena.

FERNANDO. *(Desde la puerta de la derecha.)*
Hoy me va á matar la pena. *(Váse.)*

BLANCA. *(Desde la puerta de la izquierda.)*
¡Oh cielos, cuanto me adora! *(Váse.)*

ESCENA V.

MONSEN PERALTA Y GASTON DE FOX, *embozados, por el foro: entran y recorren la escena para cerciorarse de que no son espiados.*

GASTON. Estais seguro Peralta?
PERALTA. Sí, Conde, hasta la evidencia.
GASTON. Cuidado que un golpe en vago....
PERALTA. No es la vez primera ésta
que yo he venido á Mendavia,
ni esta casa.... bueno fuera
que cuando solo esto basta
á terminar nuestra empresa,
y asegurar de una vez
la corona en la cabeza
de nuestra madre y Señora,
algun absurdo viniera
á trastornar nuestros planes,
y dando la voz de alerta
el trabajo de dos años
echáramos hoy por tierra,
Gaston, cual soldado jóven
sois visoño en esta guerra;
yo en ella me he encanecido
y sé muy bien que se juega
á cualquier paso mal dado
la vida, el honor, la hacienda:
y aun con esto siempre he sido
mas aficionado á ella,
que la que se hace en el campo
cuerpo á cuerpo y diestra á diestra.
GASTON. En cambio, á mí me repugna
hacer el traidor.
PERALTA. ¡Qué idea!
fuéramos los dos traidores
si nuestra causa perdiera;
mas mientras vaya triunfante

y el rey D. Juan nos proteja,
ellos los traidores son.

GASTON. Mi corazon desaprueba
tu lógica criminal.

PERALTA. Por Dios que nadie os creyera
hijo de Doña Leonor;
aquella es un alma en regla;
no hay medio que no sea bueno
cuando al objeto nos lleva.
Esta su máxima és.....

GASTON. Máxima que tú aconsejas
y aun practicas.

PERALTA. ¡Vive Dios!
Gaston, que no es tiempo de estas
discusiones tan inútiles.

GASTON. Pues no sé que esperas; cerca
el palacio de Lerin
de esta morada se encuentra;
en él reunidos estan
los nobles que mas alientan
el bando enemigo nuestro,
y.... en cuanto sepan la nueva
de la muerte de D. Cárlos....

PERALTA. Se desbandan.

GASTON. O Princesa
á la Infanta proclamando,
se lanzan á la pelea....

PERALTA. Poco el mundo conoceis,
si semejante sospecha
cruzó por vuestro cerebro.

GASTON. Será como tú lo quieras;
mas principia ya á cansarme
mí posicion y....

PERALTA. Se acerca
una muger á nosotros,
prudencia, Gaston, prudencia,
y mientras dejáisme hacer,
vigilad vos esa puerta, (*Señalando la del fondo.*)

ESCENA VI.

Dichos, ALFONSA *por la izquierda, sin reparar en ellos hasta que lo marquen los versos.*

ALFONSA. Desde que supe la nueva,
en mí no cabe consuelo;
si nos desampara el cielo
todo el diablo se lo lleva.
Si llegan á sospechar
esos herejes, ¡qué horror!
nos hace Doña Leonor
lo menos emparedar.
Dicen que es tan inhumana,
sanguinaria y vengativa,
que su placer, solo estriva
en hacer mal á su hermana.

PERALTA. (*Presentándose de repente.*)
A quien tál diga en su mengua,
le arrancaré con mi mano,
tras del corazon villano
la calumniadora lengua.

ALFONSA. ¡Cielos!.... ¡vos!.... me habeis oido?

PERALTA. ¡Vive Dios! y aun ardo en ira
al ver la torpe mentira,
que tu labio ha proferido

ALFONSA. Pero.... ved.... que á su grandeza....
yó.... no.... la quise ofender.

PERALTA. Tentado estoy por hacer
que te corten la cabeza.

ALFONSA. ¡Ah señor, tened piedad
de una anciana!

PERALTA. La tendré,
si dices todo lo que
saber quiero.

ALFONSA. Preguntad.

PERALTA. Dí pues, ¿no hay en esta casa,

una dama disfrazada
que de misterios cercada
por sobrina vuestra pasa?

ALFONSA. Solo vive aquí Gimena;
mas ella, no puede ser
por quien preguntais.

PERALTA. Muger:
pobre muger, me dás pena.
Firme en tu resolucion
aun te osbtinas en callar
y ese secreto en guardar
que vá á ser tu perdicion:
pues bien, despacio consulta
lo que á tí mejor te cuadre,
mas teme la ira, del padre
de la dama que hay oculta.
De otro modo él te dará
cuanto quiera tu deseo.

ALFONSA. Mal me juzgais segun veo:
cuanto sé, lo he dicho ya.

PERALTA. ¡Oh! mi paciencia se apura
con tu negra obstinacion.

ALFONSA. Os enfadais sin razon,
yó dije la verdad pura.

PERALTA. Voluntad tienes de hierro;
mas por Dios que si completo
no me dices el secreto,
aquí mueres como un perro.
(Le amenaza con la daga.)

ALFONSA. ¡Socorro!

PERALTA. La lengua sella
y á mi pregunta responde.
¿Quién la trajo?

ALFONSA. El Sr. Conde *(con terror.)*
que vino solo con ella:

PERALTA. ¿Y dónde se encuentra ahora?

ALFONSA. ¡Oh perdonadme Dios santo
si yo causo su quebranto.
Vedla allí... pobre Señora! *(Señalando adentro.)*

PERALTA. Entra en esta habitacion ;
eres nuestra prisionera ,
á la palabra primera
te mato sin compasion.

(Empuja á Alfonsa dentro , por la segunda puerta derecha , y cierra.)

ESCENA VII.

Dichos y DOÑA BLANCA *por la izquierda : aquellos se pondrán de modo que no sean vistos por la Infanta.*

BLANCA. *(Viene con un papel en la mano , y en ademan de profunda tristeza.)*
Yó nunca le veré *(leyendo)* «Mañana mismo
á la primera luz de la alborada
saldré de vuestro Reino para siempre,
sí , marcharé , y en estrangera playa
ó donde zumbe la homicida guerra
la muerte buscaré» *(sin leer)* ¡Desventurada !
yo esa muerte te dí , Fernando mio ,
con mi juego de amor , yó que trocára
de real infanta la mentida pompa
por solo el resplandor de tu mirada.
(Pausa por un momento, despues sigue leyendo.)
»sin nombre que ofrecer á mi Gimena
así un caballo , me ceñí las mallas
ansioso de adquirir gloria y renombre ,
me lanzé con ardor á la campaña ,
allí tu imágen por do quier veía
y si el acero de enemiga lanza
amagaba mi pecho , si rendido
por la fatiga atroz de la batalla
y herido mi corcel , muerto caía
de la hueste distante ; y se acercaban
con mil peligros las oscuras sombras,
era tu amor no mas quien me alentaba »
Infeliz. *(Dejando de leer.)*

PERALTA. Escuchásteis Gaston?
GASTON. Sí ya lo escucho;
pero es preciso terminar, Peralta.
PERALTA. Silencio vive Dios, no comprendeis
cuanto nos interesan sus palabras.
GASTON. Del escrito es mejor apoderarse.
PERALTA. ¡Oh sí! teneis razon, me acerco á hablarla.

(Doña Blanca los vé en este momento y retrocede aterrada; luego reponiéndose dice.)

BLANCA. ¡Cielos!.... vos!... Mariscal.... aquí.
PERALTA. Yó mismo, vedlo,
de D. Gaston de Fox en la compaña,
á quien costó por cierto gran trabajo
bajo el pavés de la plebeya saya
conocer á su noble y bella tia.
BLANCA. ¿Y qué quereis de mí? ¿cuál és la causa
de que en silencio penetrar oseis
á sorprenderme hasta mi propia estancia,
quebrantando el recinto mas sagrando
de una muger?
PERALTA. ¡Oh Dios! muy irritada
estais noble Señora, y solamente
venimos por mandato del Monarca
á deciros, és tiempo ya, torneis
á su palacio real.
BLANCA. De esa embajada,
credenciales traeréis?
PERALTA. No, ciertamente.
BLANCA. Pues marcharos podeis; nunca en palabras
de traidores creeré; así, decidle
que contesto á D. Juan.
GASTON. Mirad Infanta
que al hijo de Leonor hablando estais,
y ese nombre no acepta que le mancha.
BLANCA. ¿Y cómo he de llamar á quien penetra
cual un ladron á sorprenderme?
PERALTA. Basta:
con nosotros vendréis: luego, mas tarde
el secreto sabreis que aquí se guarda.

BLANCA. Marchar yó con vosotros; por mi vida
que conoceis muy mal á Doña Blaca.
Antes de dar un paso hácia la puerta
muerte me habeis de dar.

PERALTA. Sois obstinada,
y es preciso acabar, venid, afuera
una litera para vos aguarda;
y lleváros Gaston y yó ofrecimos
á nuestro Rey D. Juan.

BLANCA. Mosen Peralta
ya mi respuesta dí; marchar podeis
y de mi parte al Rey comunicadla.

PERALTA. Es, Señora que no regresaremos
sin cumplir la mision, ó en la demanda
perecer como cumple á caballeros
que empeñan con su Rey una palabra.

BLANCA. Es decir, de una vez que yó á estas horas
soy vuestra prisionera? ¡grande hazaña!
digna por Dios de nobles cual vosotros.
¡Prender á una muger! Mas, del Monarca
no es esa órden, vuestro lábio miente:
es mi padre, y por mas que abandonada
contra su voluntad así me tenga,
cediendo á la pasion torpe y aciaga
de una infame muger, es imposible
que á dos hombres les diga, andad, robadla:
arrancadla á la fuerza si es preciso;
ajad su sexo y dignidad de Infanta;
eso un rey no lo dice, me conoce,
sabe que una matrona de su raza,
antes de rebajarse ante vosotros,
miserables reptiles, se dejara
arrancar aun cien vidas que tuviera.

GASTON. ¿Y qué hacer, vive Dios? *(A Peralta.)*

PERALTA. ¿Qué hacer? llevadla
aunque se oponga el mismo infierno.

BLANCA. Nunca. Venid, venid por mí Mosen Peralta
si á tanto osais; pero tened presente,
que un grito de socorro, una palabra

me basta pronunciar, para entregaros
al furor de ese pueblo, que entusiasta
del bando Beamontés, os aborrece...
y yo, puedo decirle, soy la hermana
del generoso Príncipe D. Cárlos
y me llevan con él.

PERALTA. ¡Desventurada!
¿sábes que ha sido de ese ilustre Príncipe?

BLANCA. Víctima tambien fué de otra acechanza,
y hoy está prisionero en un castillo
de los condes de Fox; pero Navarra
y Aragon unidos piden su libertad
y ¡ay! de vosotros, si tardais en dársela:
cual rayo de las nubes desprendido
vereis que prestos á luchar se lanzan.

PERALTA. ¡Oh! no se lanzarán, mirad vos misma
cual ha sido de Cárlos la desgracia.

(Peralta dá á Blanca un pliego, que saca de su escarcela.)

BLANCA. *(Leyendo el pliego con creciente agitacion diferentes veces.)*
¿Qué dice este papel? ¡Hermano mio,
Cárlos del corazon. Te han muerto!

(Blanca se desvanece al decir esto, en brazos de Peralta, que despues de cerciorarse que ha perdido el sentido dice)

PERALTA. Gracias
al diablo que acabamos; pronto
ayudadme Gaston, no hay que dejadla
que se reponga del desmayo; ahora;
ya sabeis la consigna: antes matarla
que abandonar la presa: *ya eres mia.*
Ya soy gran Condestable de Navarra.

(Peralta y Gaston se llevan á Blanca, por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Galería interior de la fortaleza de Ortes, de los Condes de Fox: á cada uno de los costados dos puertas laterales; la primera á la derecha del espectador corresponde á la prision de Doña Blanca; la otra al interior del Castillo, y las de la izquierda á los cuerpos de guardia. Puerta al foro: és de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR *y* MOSEN PERALTA, *entrando con una luz por la segunda puerta de la derecha.*

LEONOR. Pues bien Peralta, lo quiero.
PERALTA. Si el valor no os abandona,
os ceñireis la corona
del noble Cárlos tercero.
LEONOR. Ábrase al fin á mi vista
el gran libro del destino:
muéstreme el sábio el camino
por do se vá á esa conquista;
que á través de cuanto el mundo
á mis proyectos oponga
pasaré; aunque en medio ponga
de sangre un lago profundo;
que en el sendero del mal
en dando un paso, no hay medio,
se ha de rodar sin remedio

hasta el abismo fatal.

PERALTA. Pues aquí mismo Señora
al dar las tres la campana
vendrá el sábio.

LEONOR. Muy cercana
se enuentra á sonar la hora.

PERALTA. Hora Condesa es de hablar.
Para vos van las estrellas;
y.... ¡ay! si lo que os digan ellas
olvidais!

LEONOR. Me haces temblar:
y siento, el plazo al cercarse
vacilar mi corazon,
ofuscarse mi razon,
y mi cerebro nublarse.
¡Ah! tengo miedo Peralta
de ese conjuro infernal.

PERALTA. El miedo se aviene mal
con una ambicion tan alta;
vos, una régia matrona
miedo, nó; pudiera sér
en otra cualquier muger,
mas la que ciñe corona.....

LEONOR. Tiene no miedo, pavor
que su corazon espanta:
parece que á la garganta
siento un hierro abrasador.

PERALTA. ¡Oh!.... No no dad pávulo así
á la loca fantasía,
luchad con esa manía
hasta borrarla.

LEONOR. ¡Ay de mí!
no puedo no, que se agita
un infierno en este pecho,
y do quier á mi despecho
grita la conciencia, grita;
y á sus voces infernales
que no cesan ni un momento,
me acosa el remordimiento

con sus espectros fatales,
y paso la noche entera
en insomnio, y alarmada
del eco de una pisada
ó de algun rumor cualquiera:
una cortina que el viento
estremece, de una puerta
el crujir, la voz de alerta,
en fin todo cuanto siento
me hiela de espanto el alma
y me aterra.

PERALTA. Vive Dios,
que al escucharos á vos
tambien yo pierdo mi calma.

LEONOR. ¡Oh Peralta! Esto no es vida:
concluya al fin este anhelo,
triunfe el infierno ó el cielo;
mas que pronto se decida:
(Se oye dentro un reloj que dá las tres.)

PERALTA. Escuchad, esa es la hora,
próximo Simuel se encuentra:

LEONOR. Sus pasos oigo.

PERALTA. Ya entra.
Templad ese afán Señora.

ESCENA II.

Dichos, SIMUEL *por el foro.*

SIMUEL. Sea con vosotros el Dios de Sabaot;
Noble Condesa. *(Inclinándose.)*

PERALTA. Escúsate Rabino
de ceremonias vanas, y tu lengua
dispón al punto aquí para decirnos
la verdad nada mas.

LEONOR. Pura, sincera,
cual la quiero saber.

SIMUEL. Jamás tu oido

escuhará lisonja de mi labio.
si á la ciencia preguntas.

LEONOR. Del destino.
¿Es cierto que tú puedes revelarnos
lo que se esconde en el oscuro abismo
del porvenir?

SIMUEL. Yo puedo solamente
con mi ciencia llegar á presumirlo,
arrancando el secreto á las estrellas
que de la vida marcan el camino:
pero mirad primero gran Señora,
que mejor és surcar sin rumbo fijo
de la existencia el lago proceloso,
lanzándose al azár por el camino;
que saber de los astros la sentencia:
pues inmutables son en sus designios,
y atérrase el mortal ante su fallo
débil sintiendo el corazon y el brio.

LEONOR. Acaso por mi mal llegan muy tarde
tus palabras Simuel á mis oidos,
no hay ya ¡viven los cielos! en el mundo
nada que me haga vacilar: mi sino,
mi oróscopo saber quiero al instante:
y por llevarlo á cabo, si es preciso,
hable la ciencia, y á evocar me atrevo
el conjuro mas torpe y mas impío.

SIMUEL. Una pregunta permitidme.

LEONOR. Hacedla.

SIMUEL. En mi ciencia creeis?

LEONOR. Duda no abrigo
de tu ciencia y poder.

SIMUEL. Pues bien Señora,
tu estrella consulté; y en estos signos
me respondió el conjuro; ved vos misma
lo que en este papel se encuentra escrito.
Saca un papel y se lo dá á Leonor.

LEONOR. *(Lée con precipitacion.)*
¡Y esto dicen los astros! ¡santos cielos!
y morir ó matar es mi destino.

SIMUEL. *(En ademan de esplicar el contenido del pliego.)*
Vedlo vos misma, á la mitad del rumbo
de vuestra estrella, en el sendero mismo
se interponen dos astros principales;
mas adelante ya, se vén perdidos
dos de los tres; mas ese que radiante
al mundo lanza su esplendente brillo,
es un astro real; vedlo cercado
de satélites mil.

LEONOR. ¡Oh! mis sentidos
no pueden comprenderte ¿como és eso?
¿qué tengo yo que ver con estos signos,
ni esas estrellas de que hablarme quieres,
ni esos dos astros que se vén perdidos?

SIMUEL. Dominad ese afán noble Señora,
reducido á conceptos mas sencillos
esplicaré el augurio.

LEONOR. Basta, basta
de farsa indigna ya; necio judío,
fácil crees engañar á una Matrona
con esos deslumbrantes maleficios,
y que dócil se preste á secundarte
de instrumento sirviendo á tus designios;
pues te engañaste por mi fé; y en prueba
de que desprecio tu poder ridículo,
hecho pedazos el papel arrojo
de tus inmundos signos cabalísticos.
(Lo rompe.)

SIMUEL. Yo dije la verdad; vos lo mandásteis.

PERALTA. Reportaos Condesa, ya no es digno
retroceder.

LEONOR. ¡Quítate! aparta:
otra víctima mas!

PERALTA. Ved que es preciso.

LEONOR. Pero es mi hermana, desde niñas juntas
al lado de D. Juan hemos crecido:
¡no mas sangre por Dios! basta Peralta.

PERALTA. Y estériles serán los sacrificios
de dos años de afán; y acaso habremos

por nuestra mano abiértole el camino,
que hasta el trono conduce á D.ª Blanca;
para que desde allí, los asesinos
busque Señora de su hermano Cárlos.

LEONOR. Oh! cállate por Dios que me horrorizo.

PERALTA. Mayor será el horror cuando el verdugo..

LEONOR. Silencio por piedad; si, me decido:
¿qué es necesario hacer?

PERALTA. Ya lo escuchásteis
morir és, ó matár vuestro destino.

LEONOR. Pues los astros lo quieren, ella muera;
pero pronto por Dios; sin que el delirio
que tus palabras me producen cese.

PERALTA. *(A Simuel.)* ¿Nos puedes preparar un bebedizo
que pronto como el rayo mate?

SIMUEL. Puedo.

LEONOR. Sin que deje tras sí ningun vestigio
que lo haga sospechar?

SIMUEL. *(Sacando un frasco pequeño de entre sus ropas.)*
Tomad Señora.
Solo dos gotas de este horrible filtro
vertidas en el agua, es suficiente:
su efecto es tál, que cual del rayo herido
muere aquel que lo bebe.

LEONOR. ¡Santos cielos!
Siento al tocar mis manos este vidrio
que me falta valor.

PERALTA. ¿Aun vacilais?
No es tiempo vive Dios...

LEONOR. No, no vacilo,
es que se espanta el corazon, mirando
el abismo fatál en que se ha hundido.

SIMUEL. Si estimais el vivir, nada os detenga,
por la postrera vez hoy os lo digo:
las dos ya no cabeis por un sendero,
y ha de cumplirse lo que el cielo ha escrito.

PERALTA. Va pronto á amanecer y no es prudente
que nos sorprenda el alba en este sitio;
despeja tú Simuel, y con recato

tórnate á la Ciudad.

LEONOR. *(A Simuel.)* Lo que aquí has visto,
puede hacerte muy rico; poderoso.
Mas de la muerte te abrirá el camino
si llega alguna vez hasta tu lengua
el secreto fatal de mi destino.

SIMUEL. Arrancarlo Señora de mi pecho,
nada será bastante.

PERALTA. Yo lo fio.

LEONOR. Adios. *(A Simuel.)*

SIMUEL. El cielo os guarde y os proteja.
(Váse por el foro.)

LEONOR. *(A Peralta señalando la puerta por donde entraron.)*
Nosotros por aquí; Dios lo ha querido.

Estas últimas palabras las dice, mirando como decidida el pomo que le dió el Judio, y salen ambos llevándose la luz.)

ESCENA III.

Despues de unos momentos de pausa, aparecen en el fondo el CONDE DE LERIN Y FERNANDO *embozados y con el mayor recato: este último entra y recorre la escena; luego se aproxima á la puerta y dice, dirigiéndose al Conde.*

FERNANDO. De la Condesa Leonor
yace en calma la morada:
al fin de nuestra jornada
llegar podemos Señor.

CONDE. Preciso és verla Fernando
aun con riesgo de la muerte,
de su respuesta, la suerte
está Navarra aguardando.
Y estando bajo su mano
quizá sea tarde mañana.....

FERNANDO. Conde, Leonor es su hermana.

CONDE. Don Cárlos, era su hermano.

FERNANDO. ¿Serán capaces, Dios mio
de atentar á su existencia?

CONDE. Y de dictar su sentencia
sin dudar, yo te lo fio.
¿Pues qué crimen acobarda
almas del bien tan agenas?

FERNANDO. Mas Leonor.....

CONDE. Tiene en las venas
sangre mestiza y bastarda:
hiciéramos mal los dos,
en que és su hermana fiando,
resultados esperando
de su amor.

FERNANDO. No, vive Dios,
yo á concitar las legiones
pronto de aquí partiré,
yo el peligro les diré
hablando á sus corazones;
y los Navarros guerreros,
los Catalanes ardientes,
y los de Aragon valientes,
á mi voz vendrán ligeros:
ellos la triste jornada
provocan; pues quieren guerra;
con ella arderá la tierra
de Navarra infortunada:
que ya desde que en Monroy
le mataron su esperanza,
los pueblos piden venganza,
y venganza tendrán hoy.

CONDE. Mas ¿y si en su frenesí
á la Infanta hacen matar?

FERNANDO. Oh.... yo la puedo salvar
antes de partir.

CONDE. ¿Tú?

FERNANDO. Sí.

CONDE. ¿Cómo?

FERNANDO. Oid; no bien la nueva
se difunde por la villa
del rapto, cuando en la silla
mi ardiente potro me lleva;

corre el bruto generoso
en alas de su ardimiento,
como corre el recio viento
ó el torrente caudaloso.
«Corre mas, caballo mío,»
gritaba yo en mi demencia
y clavaba sin clemencia
en su hijar el hierro frio..
Y atrás el monte dejaba,
y atrás el tendido llano;
y mi potro jerezano
yá en vez de correr, volaba.
Apenas el ronco aliento
aspiraba mi garganta;
dondé él fijaba su planta
bordaba de fuego el viento.
Por fin, sobre una vertiente
ya cerca á espirar el dia,
me pareció que veia
gran porcion de armada gente.
«*Ellos son*» grité en mi anhelo,
y la distancia salvando
llegué, junto á ellos parando
á darle gracias al cielo.

CONDE. ¿Y era Doña Blanca?

FERNANDO. Oh.... sí...
cual prisionera llevada.

CONDE. ¡Princesa desventurada!
¿Y qué hiciste al verla así?

FERNANDO Furioso como un demente,
cubierto por la celada
y con la lanza empuñada
les reto con voz rugiente;
de la cobarde cuadrilla,
uno solo á mí se lanza;
pero un bote de mi lanza
le derribó de la silla:
huye al momento en tropel
la turba, y al ir tras ella

queriendo seguir su huella
cayó muerto mi corcél.
Nada bastará á esplicar
el devorador tormento
que sentí en aquel momento,
por no poderla alcanzar.
Mas como hacerlo, veloces
las sombras iban bajando,
y oscuro el valle dejando
do se perdieron mis voces.

CONDR. ¿Y en situacion tan estraña
cuál fué tu resolucion?

FERNANDO Sin norte ni direccion,
crucé la oscura campaña.

CONDE. Y de aquel bosque horroroso
¿no salistes hasta el dia?

FERNANDO Sí Señor.

CONDE. ¿Quién fué tu guia
en sitio tan peligroso?

FERNANDO Quién? el hijo de Leonor,

CONDE. Gaston?

FERNANDO. El mismo.

CONDE. Deliras?

FERNANDO No, és que el blanco de mis iras
fué Gaston de Fox, Señor.

CONDE. Mas no era muerto?

FERNANDO. No tál,
que cayó desvanecido
y ligeramente herido
por el flanco de el jorgal.

CONDE. Oh, ya entiendo tu partida
preso por tí fué, y nó muerto.

FERNANDO En San Juan de pié de puerto
le tengo; vida por vida.

CONDE. Pues és preciso Fernando
que le pidas con urgencia
á la Condesa una audencia,
mas, precauciones guardando:
que aquí do nó los venenos

alcanza el traidor puñal;
y fuera un golpe fatal
á la causa de los buenos.

FERNANDO Conde, peligros do quiera
vé hacia mí vuestro cariño.

CONDE. Si te crié desde niño,
¿qué hay de estraño en que te quiera?

FERNANDO. ¿Y aun pagar podré yo así
lo que os debo?

CONDE. ¡Qué locura!

FERNANDO. En la orfandá y desventura,
¿sin vos qué fuera de mí?

CONDE. De esto no hablemos; el dia
se aproxima, en que completo
de tu existencia el secreto
te diga la lengua mia.
Mas por si en esta jornada
perezco, bajo mi malla
Fernando, un pliego se halla
que és tu herencia mas preciada;
él, te dirá lo que yó
aun hoy decirte no debo;
por que á faltar no me atrevo
á lo que el labio ofreció.
Júrame aquí por el puro
amor que tu pecho inflama,
por tu gloria y por tu fama,
respetarlo.

FERNANDO. Yo lo juro.

CONDE Así mas tranquila el alma,
nuestro proyecto tracemos,
y obrar aquí meditemos
con tino, prudencia y calma.

FERNANDO. Yo no debo demorar
el verme con la Condesa;
és lo que mas interesa,
pues ello la ha de salvar.
Vos, entre tanto, Señor,
nuestras tropas emboscadas

las pondreis escalonadas
hasta el hijo de Leonor.
De modo, que si el acento
de mi vocina, por fuera
se escucha, que Gaston muera
en aquel mismo momento.

CONDE. Tu seña estaré esperando.

FERNANDO. Fuerza és que nos separemos.

CONDE. Mas por si ya no nos vemos,
dame un abrazo Fernando.

FERNANDO. Nunca otro padre que vos,
tuve buen Conde en el mundo;
y mi cariño és profundo,
grande, inmenso.... Adios. (*Besa la mano al Conde.*)

CONDE. Adios.

(*Váse el Conde por el foro derecha, y Fernando por la izquierda.*)

ESCENA IV.

PERALTA, *segunda puerta izquierda, en ademán reflexivo.*

Nada la detendrá, tiene en su pecho
sangre de tigre; la ambicion la ciega,
y mi consejo, dócil obedece,
sin pararse á mirar la sima horrenda
del precipicio en que sumirla quiero
y ya tiene á sus piés: aun tiempo era,
de salvar á la Infanta Doña Blanca.
Su vida está en mis manos. Oh! si ella
olvidando rencores de otro tiempo,
depuesta su altivéz y su fiereza,
esta pasion que el pecho me consume
halagara no mas. Oh! si me diera
siquier remota fuese, una esperanza,
una prueba de amor; yo en recompensa
vida y corona devolviendo á un tiempo
á esa Infanta infeliz, á la otra hundiera;

mas, delirando estoy, allá en mi mente
ilusiones forjándome y quimeras,
que ni aun posible son: su orgullo loco
de mí la aparta; la conozco, necia,
sino quieres morir, ama á Peralta,
ó su ardiente pasion que él sácie, deja.

ESCENA V.

Dicho y Doña BLANCA, *saliendo por la puerta primera de la derecha.*

PERALTA. ¿Mas Doña Blanca aquí? *(Viéndola.)*
BLANCA. *(Viéndole.)* Peralta, cielos!
siempre este hombre fatál en mi camino,
mi huella siempre por doquier siguiendo.
¿Qué daño te causé, que así te gozas
en mi acerbo penar, hombre funesto?
precursor de los males de mi vida,
hasta tu vista me horroriza.
PERALTA. Es cierto.
Jamás de vuestra Alteza ante los ojos
me presenté una vez, sin que al momento
sintiérais algun mal; pero hoy en cambio,
yó puedo ser de vos, de vuestro Reino
la salvacion; hoy puedo vindicarme
de todo el daño que os causé.
BLANCA. No entiendo
lo que decir quereis; y vós, Peralta
de salvacion me hablais? vós?.. no la acepto,
que infame debe ser, lo que propone
un infame cual vos: *(trata de retirarse.)*
PERALTA. Oh! deteneos.
Por la postrera vez, aquí escuchadme:
al ódio que sentís templad el freno,
cuál yo modero la tormenta horrible
que se agita rugiendo en este pecho:
en nombre de Navarra yo os lo pido,

por ahorrar mucha sangre á vuestro Reino.

BLANCA. Y en nombre de Navarra habla el privado
de mi hermana Leonor. Es esto un sueño?

PERALTA. Si habla el privado de Leonor, Señora,
es haciendo traicion á su secreto,
és lo repito, por salvar tu vida
y la inocente sangre de tus pueblos.

BLANCA. Invocas ese nombre, porque sabes
cuan sagrado me és, y que no puedo
dejarte de escuchar despues de oirlo:
pues bien, comienza al punto y abreviemos.

PERALTA. ¡Oh! que mal me juzgais noble princesa.
Aun hora recelais que un lazo os tiendo,
cuando acabar tu vida me bastára
cual há poco juré, guardar silencio;
cuando mañana acaso fueses solo
frio cadáver, y tu noble Reino
herencia de Leonor, que lo oprimiera
hasta la esclavitud, cuando yó de esto
gozára como cómplice el despojo
siendo Rey sin corona de esos pueblos.

BLANCA. Estráñame Peralta tu conducta
por que eres mi enemigo.

PERALTA. En algun tiempo
fuí tambien partidario muy ardiente
de vuestra causa, infanta.

BLANCA. *(Ap.)* ¡Oh! qué recuerdo.

PERALTA. Y hoy que os miro llegar hasta el abismo,
para arrancáros de él, mi mano os tiendo:
no receleis de mí, fueran yá inútiles
cogida como estais, lazos arteros.
¿Tan malo me juzgaïs que no pudiera
ni aun tener compasion?

BLANCA. *(Decidiéndose.)* Oh! sí, los cielos
que mi desgracia vén, quieren sin duda
por tu medio salvarme; yá te creo,
fé tengo en tus palabras, habla, dime.
¿Cuál és ese infernal traidor intento
que contra mí se trama?

PERALTA. Antes Señora
disimulad, si os pido.....
BLANCA. Acaso el precio
de tu servicio?
PERALTA. No, precisamente
no és esa la palabra; solo quiero,
que registreis Señora la memoria,
á ver si recordais lo que hace tiempo
causó mi variacion, de leal amigo
á enemigo cruel.
BLANCA. *Oh!*... no... recuerdo..
PERALTA. Pues no lo recordais, vuestro permiso
concededme para ayudaros la memoria.
BLANCA. *(Ap.)* ¡Cielos!
y yo que hace un instante le creia
á mi causa leal.
PERALTA. *(Ap.)* Yo nada arriesgo;
si acepta me salvé; si me rechaza....
mañana morirá con mi secreto.
(alto.) Pues bien, disimulad si enardecido
al evocar Señora este recuerdo,
pronuncia el lábio, lo que no debiera
salir jamás del fondo de mi pecho.
Lo que por muchos años hé callado;
lo que ha sido en la vida mi tormento,
¿yo enemigo de vos? cuando aun apenas
os llegué á conocer, el sacro fuego
ardió en mi corazon, de amor tan grande,
cual no soñé jamás; tanto, que ciego,
ébrio, loco, furioso, delirante,
me arrastré á vuestros piés; que con desprecio
contestásteis tan solo; mi locura
me llegó á estraviar; oh! lo confieso
y vengarme juré.
BLANCA. Lo habeis cumplido.
PERALTA. Sí, lo hé cumplido; mas el mal que os he hecho
me ha costado Señora muchas lágrimas
del corazon nacidas: sin sosiego
ni un momento jamás, luchando siempre

entre mi orgullo y mi pasion, el tiempo
desde el dia fatal que os conociera
he pasado no mas; ved, mis cabellos
están encanecidos, las arrugas
mi rostro surcan, dándome de viejo
la apariencia no mas, porque en las venas
en vez de sangre me circula fuego:
hoy ya no puedo mas, á vos rendido
vuelvo otra vez, hablad, en un momento
vos, salvaros podeis, y á mí salvarme
de esta lucha cruel, que és un infierno...
Una prueba no mas, una esperanza
dadme de vuestro amor, y yo os ofrezco
en cambio, las coronas de Navarra,
Cataluña, Aragon...

BLANCA. Basta, el silencio
con que tu larga plática hé escuchado,
puede á tu insensatéz ser un derecho
para continuar haciendo alarde
de esa pasion ruin; no mas, desprecio,
ódio, aversion, horror, eso me inspiras.

PERALTA. Oh! perderme quereis, y vos perderos.

BLANCA. Llegaste á imaginar, que prisionera
y abandonada cual lo estoy, el miedo
me hiciera sucumbir : así pensaste,
y olvidado de todos los respetos,
te atreviste infeliz hasta la hija
de tu Rey y Señor. Mi amor por precio
de tu servicio, nada mas querias?

PERALTA. Vida y corona en cambio yo os ofrezco.

BLANCA. Vida y corona tú! ¿Tienes acaso
mi existencia en tus manos y mis Reinos?
Miserable de tí, quién eres?

PERALTA. Soy
Mosen Pierres Peralta.

BLANCA. Sí, un pechero,
un villano elevado hasta la altura
de Mariscal.

PERALTA. Mentís; grande del Reino

fué mi padre tambien, y fueron todos
mis ascendientes, cual debeis saberlo.

BLANCA. Nada quiero saber, marchad, Peralta,
de mi vista alejaros, que és inmenso
el horror que me inspira tanta infamia
como en vos miro junta.

PERALTA. Sí, me alejo,
mas pronto volveré; quizás entonces
á mis plantas te arrastres, oh! yo puedo
tu adulterio probar antes que mueras,
de mentida virtud el falso velo
arrancarte sabré, con esta carta
que en mi poder ha puesto el mismo infierno.
(Mostrándola el pliego.)
La conoces, verdad, pues ella basta
para probar tu crímen.

BLANCA. Santos cielos!
Era poco perder vida y corona,
y honra y honor tambien á un tiempo pierdo;
¿pero cómo se encuentra en vuestras manos
esa carta? Decid.

PERALTA. No és un misterio:
yo os la escuché leer. Yo ví las lágrimas
de amor que os arrancaron sus conceptos:
os observé despues dó la ocultásteis,
y la tomé, cuando fatal acceso
al saber de D. Cárlos la desgracia
os privó de el sentido.

BLANCA. *(Con afan.)* Y ese pliego...

PERALTA. No volverá Señora á vuestras manos
sino con una condicion.

BLANCA. *(Con amargura.)* Comprendo.
Mas ved qne es imposible; yo pudiera
de riquezas colmaros; el Gobierno
diérate del Estado; fiel amiga
agradecida á tí.... quizás el tiempo
templará tu pasion; quizás entonces
al ver mi rostro triste, macilento,
por los dolores y el pesar surcado:
en compasion trocárase el deseo.

PERALTA. No os pido ya amistad, no ya remotas
y vagas esperanzas; lo que quiero
pronto se ha de cumplir, mia seréis;
ó á morir deshonrada yó os condeno.

BLANCA. Oh... dejadme morir, os lo suplico.
Mas devolvedme por piedá ese pliego.
Si tu amor es verdad, mira mi llanto
cual corre hasta tus pies; mueva él, tu pecho
y déjame morir como he vivido.

PERALTA. La condicion ya sabes, no hay mas medio.
aceptas?

BLANCA. Oh.... jamás, y de pensarlo
me horrorizo, no más monstruo, de hielo
tienes el corazon.

PERALTA. Ah! con mas calma
medítalo Princesa; te concedo
de plazo hasta la noche; pero piensa
que el último será.. Guárdeos el cielo.
(Váse Peralta por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

Doña BLANCA *sola: momentos de pausa, luego avanza trabajosamente hasta el proscenio, fatigada y abatida de la ruda lucha que ha sostenido en la escena anterior.*

BLANCA. No puedo mas Señor, el pecho mio
estalla de dolor, y mi garganta
cauce és ya estrecho al poderoso rio
del llanto de pesar, que á vuestra planta
vierto sin tregua; mi destino impío
miro en el porvenir y no me espanta:
y á ésta lucha Señor, la tengo miedo.
no sé si sostenerme en ella puedo.
Mas oh, primero falte al firmamento
la atmósfera y la luz, antes las fuentes
retuerzan su raudal, y movimiento
falte á las aguas de la mar hirviente,
y las hojas al bosque, y voz al viento,
y el rayo de la fé, falte á mi mente,
que con mancilla tál en mi persona
deshonre de Navarra la Corona.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cámara de Doña Leonor en la misma fortaleza de Ortes, decorada con lujo. A la derecha del espectador, en primer término, puerta lateral y una mesa con tapete blasonado, y recado de escribir: á la izquierda otra puerta secreta en igual término: puerta al foro: es de dia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, *sentada cerca de la mesa y leyendo, despues de levantado el telon permanecerá mirando al libro algunos momentos, luego lo cerrará lentamente.*

Infructuoso afán, nada consigue
mi inquietud mitigar, rojos vapores
doquier la vista tiendo, solo veo:
pensé que huyeran con la oscura noche
ante la luz del sol; pero se aumentan
tomando mas fatídicos colores.
Ya no és solo la sombra de las víctimas,
las que miro pasar, sus maldiciones
lanzando sobre mí, nó, en el delirio
del hijo de mi amor, oigo las voces
pidiéndome socorro, á su garganta
miro brillar aceros vengadores
que sin piedad le hieren... ¡ah! teneos!
(Fuera de sí.)
No le mateis por Dios; mónstruos; de bronce

teneis el corazon; pues no lo ablanda
esta madre infeliz con sus clamores.
Mira Peralta, vén, esa és tu obra.
¿vés cual la sangre de su pecho corre
y tu rostro infernal mancha y salpica?
ella és fruto fatal de tus traiciones.
Apártate de mí, huye, insensato,
con él yo he de morir. *(Pausa; luego dice reponiéndose.)* Oh qué impresiones
tan violentas produce en mi cerebro
la fiebre y el insomnio, mis temores
con ellas exaltados, toman luego
de realidad las negras proporciones.
(Se oye como empujar en la puerta secreta.)
Más qué rumor.. allí, en aquella puerta
cuya existencia nadie aquí conoce.
Oh... tengo miedo, acaso sus parciales,
sí, el Conde de Lerin en una torre
de este fuerte castillo estuvo preso
y fugarse logró, las precauciones
burlando de los guardias, por la via
que al campo dá. *(En este momento se abre la puerta, y aparece Fernando por ella, embozado: la Condesa retrocede esclamando:)* ¡Gran Dios, aquí socórreme!

ESCENA II.

DOÑA LEONOR Y FERNANDO, *que permanecerá cubierto, observando su terror breve rato, al cabo del cual dice.*

FERNANDO. Vano temor, cualquiera que os mirara
en esa situacion, recelaria
que tu conciencia y fé no está tan clara
cual á una noble Infanta convendria:
y aun yó mismo tambien de ello dudára,
si no supiera por la ciencia mia,
que de penar tan hondo y tan prolijo
es la causa.....

LEONOR. (*Interrumpiéndole.*) La ausencia de mi hijo.
FERNANDO Pues bien, tranquilizaos; vuelva la calma
de nuevo á renacer en vuestro pecho.
Mensagero del bien, traigoos la palma
de la paz que anhelais; y el daño hecho
yo vengo á reparar en vuestra alma.
LEONOR. Quién osa hablarme así? ¿Con qué derecho?
FERNANDO. Vos no me conoceis, vedlo; un guerrero,
(*Descubriéndose.*)
un oscuro y humilde aventurero.
LEONOR. No os conozco,és verdad; mas el bordado
de ese trage marcial, y la manera
rara por cierto, como habeis entrado,
fija idea me dán, que la bandera
seguís del de Lerin.
FERNANDO. Lo hais acertado.
LEONOR. Es mi enemigo; mas saber quisiera
que pretende de mí, que su embajada
llegar hace hasta aquí por emboscada.
FERNANDO. No del Conde Lerin soy mensagero,
como pensado habeis, noble Señora;
está de vos mas cerea el Caballero
cuya persona represento ahora.
Él, con su mano me trazó el sendero
que hasta vós me tragera sin demora,
yo en nombre de él mi voz aquí os dirijo.
LEONOR. Ese nombre decid....
FERNANDO. Es vuestro hijo,
LEONOR. Mi Gaston! luego vive.
FERNANDO. Aprisionado,
no lejos se halla de esta fortaleza.
LEONOR. Hijo del corazon! ¿Y quién há osado
atreverse hasta él?
FERNANDO. Quien tu fiereza
no temió nunca Infanta; este soldado
que miras ante tí, que con franqueza
te dice su opinion ya decidida;
Doña Blanca y Gaston; vida por vida.
LEONOR. Es decir, de una vez...

FERNANDO. Que sé Señora
el proyecto infernal que aquí se trama,
y que en el breve plazo de una hora,
con ella he de salir.

LEONOR. La rabia inflama
mi sangre al escucharte.

FERNANDO. No hay demora
de un momento siquiera.

LEONOR. Y á una dama
hija de tus Señores, de tus Reyes:
¿Así te atreves á dictarle leyes?

FERNANDO. Yo vengo aquí de paz, á proponeros
un cange, que quizás evite al Reino
mucha sangre, Señora.

LEONOR. Devolveros
á la Infanta, jamás; el mismo infierno
no me la arrancará.

FERNANDO. Los prisioneros
una suerte tendrán; mira en lo interno
del corazon lo que mejor te cuadre;
pues si Reina has de ser, no serás madre.

LEONOR. ¿Qué me quieres decir? Tú estás demente
sin duda alguna; pues si cierto fuera
tan solo el que cruzaba por tu mente
esa idea fatál, tu muerte era
súbita como el rayo.

FERNANDO Es impotente
tu furor contra mí; templa, modera
ese violento ardor, y escucha atenta
lo que un soldado á su pesar te cuenta.
De ello deducirás, que no és en vano
la amenaza fatál de mi partida,
que D. Gaston está bajo mi mano,
soy sabedor del torpe y fratricida
proyecto; y no lo dudo; que á tu hermano
la prision de Monroy costó la vida.

LEONOR. Calla infeliz.

FERNANDO. Que calle, ¿Tienes miedo?

LEONOR. Dejarte ya salir de aquí, no puedo.

FERNANDO. Bien. Mas escúchame, tambien yo tengo
un profundo secreto que contarte,
y él es la causa Infanta, porque vengo
quizá de un grave crímen á librarte:
tambien terrible lucha yo sostengo
dentro del corazon: vas á asombrarte.
A Doña Blanca adoro, sin quererlo.

LEONOR. Y ella escuchó tu amor?

FERNANDO. Vais á saberlo.
De soberbias montañas rodeada
y á la márgen feráz de una corriente,
hay en Navarra oculta y apartada
una modesta aldea, cuya gente
vasallos són de la feudal morada
del Conde de Lerin; alégremente
los verdes años de mi Abril florido
pasé allí; como un águila en su nido.
Nunca ofuscó tranquilo el pensamiento
la ambicion ni el orgullo; las pasiones
no turbaron mi mente ni un momento,
y al compás de risueñas sensaciones
llena el alma de un dulce sentimiento,
mi porvenir bordaba de ilusiones:
cuando un raro suceso, de mi alma
arrebató velóz la dulce calma.
Una mañana cuando el sol apenas
su ardiente rayo á la vecina cumbre
lanza, miraba absorto yo de las almenas
del castillo feudal, la muchedumbre
derramarse y bullir por las amenas
huertas del Arrabal, cuando la lumbre
de una incendiada casa á vér alcanzo,
y ráudo como un rayo allá me lanzo.
Espectáculo horrible, asoladora
la llama retorciéndose bramaba;
negra columna de humo asficiadora,
por puertas y ventanas desbordaba.
y dentro sola una muger implora
socorro á gritos: nadie se lanzaba

por entre el negro denso torbellino.

LEONOR. Y tú lo hiciste?

FERNANDO. Por mi mal destino.
En Dios puesta la fé, y el hacha en mano,
rompiendo por enmedio de la llama,
con ánimo sereno, que el cristiano
poder me conservaba, á donde llama
la dolorida vóz, que mas que humano
acento que del Cielo se derrama
parecia; llegué, ¡oh.... y era ella
con el peligro y el temor mas bella.
Con el fuego voráz luchaba fuerte
cuando yó la encontré, y entre mis brazos
la arrebaté Señora de la muerte:
mas quiso el Cielo, que los tiernos lazos
con que yó la estreché en aquella suerte,
pusieran fin á los dichosos plazos
de mi felicidad; desde aquel dia
adoróla ya ciega el alma mia.
De entonces, en revuelto torbellino
surcaban sin cesar mi limpia frente
de pasiones un denso remolino
que no llegaba á dominar mi mente,
y arrebatado en tan velóz camino,
como la flor que arrastra la corriente;
estrecha á mi ambicion ví aquella tierra,
y al mundo me lancé buscando guerra.
Y la guerra encontré, y aquí grabada
su imágen siempre por doquier veia,
ora cuando la diestra ensangrentada
revolviendo el troton, de rabia hervia
en lo mas recio de feróz jornada,
ora cuando en la tienda me adormia
al compás de las hojas agitadas
por las brisas de Abril embalsamadas.
Por ella en la batalla luché fiero,
por ella humano fuí con el vencido,
el casco duro y el arnés guerrero
dos años por su amor he resistido,

y cuando por el brio de mi acero
volver de Capitan he conseguido
y logro hallarla al fin, con gran sorpresa,
la que juzgué plebeya hallo Princesa.
Mas si el alma al quitarle su esperanza,
su mas grata ilusion y mas querida,
un postrimer adios á el amor lanza
y á la felicidad, quiere la vida
á ella sacrificar; y si lo alcanza
su mision en el mundo está cumplida:
que quien cual yo Señora en amor arde.
ó no olvida jamás, ú olvida tarde.
Ved porque vengo aquí; porque primero
que su real sangre, correrá la mia;
mas antes de morir, recuerdo fiero
en vuestro pecho dejará este dia.

LEONOR. Tu loco amor te ciega: prisionero
ya en mi poder estás.

FERNANDO. Yo juraria,
que tan libre me encuentro como he entrado.

LEONOR. (*Se dirige con precipitacion á la puerta del fondo; la abre impetuosamente, y grita:*)
«Há de mi guardia aquí; tu hora ha llegado.

(*Esta última parte del verso la dice dirigiéndose á Fernando; el cual despues de contemplarla un momento, la coge violentamente del brazo, la lleva hasta el proscenio, y allí la dice:*)

FERNANDO. ¡Ah!.. infeliz de tí... el eco agudo
de esta bocina que en mis manos miras,
es la señal de muerte; sí, de escudo
Gaston me sirve á mí contra tus iras:
una palabra mas, y el frágil nudo
cortaré de su vida.

LEONOR. ¡Tu deliras!

FERNANDO. Yá tu guardia se acerca; el bronce fuerte
en mis manos está... tú le dás muerte.

ESCENA III.

Dichos, la guardia por la puerta del foro; unos momentos de pausa, durante los cuales la Condesa muy agitada parece que vacila en el partido que debe seguir. Fernando entretanto aparentando serenidad, con la bocina en la mano observa atentamente todos los movimientos de aquella: despues de esta ligera pausa, Leonor como decidiéndose, se dirige á la guardia.

LEONOR. Retiraros podeis, sobresaltada
por un vano temor, mi voz os trajo.
FERNANDO. Fué solo una ilusion; la noble Infanta
por el pesado sueño aquí rendida
breve trecho quedó, y al despertarla
los ecos de mis pasos, presa siendo
de una febril exaltacion, os llama.
Mas ya pasado del primer momento
la turbacion; que os retireis os manda.
(La guardia se inclina, y desfila con órden por el foro.)

ESCENA IV.

Doña LEONOR *y* FERNANDO.

FERNANDO. ¿Por qué vuestro pecho agita
la duda, si aunque no os cuadre,
antes que todo sois madre
y la sangre en él os grita?
¿Por qué cuando en noble calma
podeis vivir retirada,
veros quereis contrariada
por los tormentos del alma?
¿Por qué del noble Gaston
manchar quereis la memoria,
con la criminal historia
de vuestra torpe ambicion?

¿No sentís la férrea mano
de el negro remordimiento?
¿No veis á cada momento
la sombra de vuestro hermano?

LEONOR. ¡Ah!.....

FERNANDO. Ved, nombradle os espanta:
se revela, en ese grito
de sufrimiento infinito,
que sube á vuestra garganta.
¿Qué vale la magestad?
¿Qué vale la régia pompa?
Nada hay que el tiempo no rompa,
solo la muerte, es verdad.
Y si entre negro temor
vuestra vida se atropella,
y no dejais detrás de ella
sino miserias y horror.
¿Quién habrá que en vuestra losa
una lágrima derrame?
¿Quién habrá que al mundo os llame
con tierna voz cariñosa?
Los pueblos maldecirán
vuestra funesta memoria,
sangre verterá la historia,
baldón y oprobio os darán.

LEONOR. Ah... Calla, calla por Dios
no mas mi pecho destrozes.

FERNANDO. Es que al eco de mis voces
grita la conciencia en vós.

LEONOR. No grita, ruge bravía
alzando sombras fatales,
veneno, sangre, puñales
solo vé la vista mia:
y para colmo de horror,
escucho entre el vago viento,
el postrimero lamento
de el objeto de mi amor:
y miro su pecho herido,
de donde brota un torrente

de sangre: y en él, mi frente
y mi cabello teñido.
La sangre doquier me acosa,
sobre la bordada alfombra
al pisar, miro una sombra
sangrienta, negra, horrorosa:
líbrame por caridad
de este vértigo maldito,
que aunque és grande mi delito
la espiacion raya en crueldad:
vuelve á los amantes brazos
de su madre que le adora,
á el hijo por quien hoy llora
hecho el corazon pedazos.

FERNANDO. Volverá.

LEONOR. ¿Mas peligrar
puede?

FERNANDO. Mientras no rompa
el aire yo con mi trompa:
segura podeis estár.
No así yo....

LEONOR. ¿Desconfianza
en mí tienes?

FERNANDO. No os asombre:
hay con vos, Señora, un hombre
capáz de infame venganza.

LEONOR. Para calmar ese afán
yo aquí conducir la haré,
y una escolta la daré
que en Navarra la pondrán.

FERNANDO. Bien. Pero presente estár
debe en vuestro pensamiento,
que desde aquí, en un momento:
á Gaston puedo matar.

(Vásc Leonor por la puerta primera izquierda.)

ESCENA V.

FERNANDO.

FERNANDO. Al fin cedió á mi querella
hoy por mí libre vá á ser.
del ominoso poder
que pesaba sobre ella.
Y el cielo mayor ventura
concederme no pudiera,
ni mayor dicha sintiera
el amor que aquí fulgura:
amor que en hora fatal
debió nacer en mi pecho,
que el corazon me ha deshecho
la ilusion trocando en mal:
á aquellos dulces momentos
que tan veloces pasaron,
nada tras de sí dejaron
mas que mis negros tormentos.
Y esta lucha ruda y fiera,
con que el corazon batalla
bajo la acerada malla
que lo reviste por fuera.
Sufre corazon tu suerte;
y ese gran dolor profundo
procura ocultar al mundo:
tu premio será la muerte.
Allí tranquilo reposa
el viagero fatigado,
bajo aquel quieto reinado
es, donde la paz se goza:
allí no hay campos floridos,
ni azules noches templadas,
ni risueñas alboradas,
ni armonías, ni sonidos:
mas una inflecsible ley

á todos nos hace igual.
desde el pobre menestral
á los Príncipes y al Rey:
ceniza, polvo quizá,
y miserables despojos
que espanto son á los ojos
de los que quedan acá.

ESCENA VI.

FERNANDO, DOÑA BLANCA *por el foro.*

BLANCA. *(Desde la puerta, como dirigiéndose á los que hasta allí la han acompañado.)*
Gracias Señores.

FERNANDO. *(Viéndola.)* ¡Dios Santo!
es ella, no estoy soñando.

BLANCA. *(Viéndolo.)* Vos... aquí.. salid, Fernando,
no aumenteis más mi quebranto.

FERNANDO. Pidiérais noble Señora
mi vida, y os la rindiera;
mas dejaros aquí, fuera
harto peligroso ahora.

BLANCA. ¿Peligroso?

FERNANDO. Sí, por Dios.

BLANCA. ¿Pues no está en la fortaleza
mi hermana?

FERNANDO. ¿Qué, de su Alteza
esperais consuelo.... vos?

BLANCA. De quién sino, he de esperarlo?
Mi hermana, Fernando és ella,
y acallará mi querella
con su amor, no hay que dudarlo

FERNANDO. Bien, será como querais,
mas si yó el umbral traspaso
de esa puerta, á cada paso
uno al precipicio dais;
si yó un momento no mas

de vós me aparto, la muerte
tened por cierta; lo advierte
quien no fué traidor jamás.

BLANCA. Fantasmas son de tu mente
esos peligros.

FERNANDO. Serán...
mas para calmar mi afán
permitid que no me ausente:
sin hacer ruidoso alarde,
pronto de aquí partiremos.

BLANCA. Pronto, nó; esperar debemos
á los plazos de la tarde;
me siento algo mal, y acaso
esta escitacion estraña
el aire de la montaña
desvanezca con su paso.
Es tan húmeda y sombría
la torre en que me han tenido,
que no sé como hé podido
estár allí un solo dia;
luego el sueño, mil visiones
creando incesantemente
en mi acalorada mente
de mortales proporciones.
El de esta noche, un momento
no puedo apartar de mí;
impreso le tengo aquí, *(señalando la frente.)*
sueño de horror, de tormento:
oye y juzga cual seria
mi sufrir, y cuanto mal
aquella vision fatál
en mi pecho dejaría.
Era una noche de Abril,
serena, hermosa, azulada,
noche pura, perfumada
por las auras del pensíl.
Orillas de una laguna
que fiel espejo de plata,
entre sus hondas retrata

la hermosa faz de la luna,
sobre la yerba sentada
que la ciñe en derredor.
tu dulce canto de amor
escuchaba enagenada:
y á los ecos vibradores
del laud por tí tañido
desde sus calientes nidos
contestan los ruiseñores:
todo respira armonía,
encanto y arrobamiento,
todo era allí sentimiento
calma, paz, amor, poesia:
mas surge de la montaña
de pronto, tempestuosa
negra tormenta horrorosa,
que estremece la campaña;
y velóz, avanza avanza,
atronadora, rugiente
rueda sobre nuestra frente
y doquier la muerte lanza:
rebrama el viento furioso,
troncha al roble el huracan,
y las altas peñas, ván
cayendo en són pavoroso.
De espanto muda y horror,
hácia tí volví mi mano,
mas la sombra de mi hermano
ví de un rayo al resplandor,
que me dijo: «Blanca, el Cielo
te ha señalado mi suerte,
preparada está tu muerte,
no habrá á tu penar consuelo.»
Á su vóz sucedió luego
un trueno que estremeció
la alta sierra, y que lanzó
llamas inmensas de fuego.
Cesó la horrible tormenta,
huyó la cruel fantasía

que el corazon me oprimia
bajo su planta sangrienta,
desperté, mas al sentir
la puerta de mi prision,
rezé ferviente oracion,
creyendo que iba á morir.

FERNANDO. Quien despues de tal horror
vuestro sueño fué á turbar?

BLANCA. Un hombre.

FERNANDO. Qué iba á buscar
á aquellas horas?

BLANCA. Mi amor.

FERNANDO. Imposible; efecto ha sido
de las visiones del sueño.

BLANCA. *(Mostrando un puñal.)* Este acero, de su empeño
nefando, me ha defendido.

FERNANDO. Luego no és una quimera;
gran Dios! y vive ese hombre.
Señora, decid su nombre
decidlo, y al punto muera.

BLANCA. No por mí, que al fin me hallo
libre de tanta opresion.
Démosle nuestro perdon:
que Dios pronuncie su fallo.

FERNANDO. Idea tan noble y alta,
digna és Señora de vos:
mas yo le juro por Dios,
tomar venganza á Peralta.

BLANCA. ¿Sabes tú?

FERNANDO. Vano seria
que ocultarlo intenteis hora,
porque yo os sigo Señora
desde Mendavia, dia á dia.

BLANCA. Luego tu fuiste quien muerte
dió á Gaston en mi venganza.

FERNANDO Le botó al suelo mi lanza;
mas morir no fué su suerte.

BLANCA. ¿Y así arrostras los rigores
de la Condesa Leonor?

FERNANDO. No háyais, Señora, temor;
traidor soy con los traidores;
ya me oyó, y tendrá por cierto.
que cuando el són de mi trompa,
el velo del aire rompa.
su hijo Gaston será muerto.

BLANCA. ¿Preso está?

FERNANDO. Y á ello cedió
para daros libertad;
no á un instinto de piedad,
que jamás ella sintió.

BLANCA. Oh...! ya empiezo á comprender
que sin tí, me dieran muerte.

FERNANDO. Ó encerrada en este fuerte
hubiérais de perecer.

BLANCA. Huyamos de esta mansion
donde tál peligro corro.

(*Voz dentro.*) ¡Socorro!

BLANCA. ¡Gran Dios!

(*Voz dentro.*) ¡Socorro!

FERNANDO. Es su voz.

(*Voz dentro.*) ¡Traicion! ¡Traicion!

(*Fernando se precipita al escuchar las últimas palabras, espada en mano por la puerta secreta.*)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA *sola, cerca de la puerta.*

¿Qué será santo Dios? Aun no há cesado
el chocar de las armas, dura suerte
á mi existencia señalára el hado,
y para lucha tál, soy poco fuerte.
(*Viniendo hácia el proscenio.*)
¿Porqué oh cielos nací? ¿Porqué mi estrella
con tan contrario rumbo, su carrera
siguiendo vá, sin que se aparte de ella
desde que el mundo ví por vez primera,

luchar... siempre luchar, és mi destino,
y regar con mi sangre y con mi llanto
de la vida el tristísimo camino,
yá esta pobre muger no puede tanto.
(Se arrodilla.)
Señor, si del Calvario hasta la cumbre,
el peso há de llevar bajo el cual gime,
un rayo dadle que su mente alumbre
y el vacilante corazon le anime.

ESCENA VIII.

Dicha y DOÑA LEONOR *por la primera puerta de la derecha; al vér á Blanca se detiene y la observa un momento; luego dice.*

LEONOR. Sola está; y en su oracion
aun no há reparado en mí;
¿qué profunda agitacion
es esta que siento aquí *(señalando al pecho.)*
que me prensa el corazon?
BLANCA. *(Viéndola.)* ¡Leonor!
LEONOR. Blanca.
BLANCA. Hermana mia.
¿No me abrazas? *(Lo hacen.)* Hace un año
que no te hé visto ni un dia,
y víctima de un engaño
mi enemiga te creia.
¡Qué dicha és llorar, hermana
sobre un corazon querido,
depuesta la altivéz vana,
cuando mucho se ha sufrido;
cuando la suerte és insana!
LEONOR. ¿Tú sufrir? Que una corona
ceñir debes á la frente,
pues por ello el Reino abona?
BLANCA. No és eso lo que la mente
ni el corazon ambiciona:

á el brillo deslumbrador
de esa Corona Real,
prefiero yo vuestro amor;
porque su peso fatál,
tan solo me inspira horror.

LEONOR. ¡Horror! Y por tí se agitan
los pueblos contra D. Juan;
y la enseña porque gritan,
es tu nombre, á quien le dán
la Corona que á él le quitan.
¡Horror! Cuando en cruda guerra
é incesante convulsion
que nuestros pueblos aterra,
por tu insensata ambicion
ardiendo se vé la tierra.
¡Oh!... no lo digais por Dios,
ú obligaréisme á creer,
que aquí, entre nosotras dos,
un papel venís á hacer,
indigno Blanca de vós.

BLANCA. Tu injusticia te perdono,
y tus agravios tambien;
pues la sangre habla en tu abono;
pero Leonor, no está bien
de mi padre el abandono.

LEONOR. ¡Abandono! Y ese nombre
á vuestra fuga le dais?

BLANCA. Fugada... yo...!

LEONOR. No os asombre.

BLANCA. ¿Qué calumnia me forjais?

LEONOR. Fugada vos, por un hombre
Doña Blanca, á quien amais:
un hombre oscuro, un soldado
insolente, aventurero,
que hasta aquí venir há osado,
siguiendo tu derrotero,
cual amante afortunado.

BLANCA. ¡Ah!

LEONOR. Vedlo, ¿bajais la frente

de vergüenza enrojecida,
al sentir la mano ardiente
que de una virtud mentida
os rasga el velo impudente?
sí Blanca, tiempo era ya
de que acabeis de fingir;
vuestra virtud, ¿dónde está?
¿qué cuentas vais á rendir
á el que á pedirlas vendrá?
¿qué habeis hecho de mi honor...
os dirá el Rey castellano?
¿qué habeis hecho?

BLANCA. ¿Y tú, Leonor?
¿qué hás hecho de nuestro hermano
cuyo nombre te dá horror?
Callas, y bajas la frente
por el crímen confundida,
al sentir la mano ardiente
de el secreto de tu vida,
que aun brota sangre caliente:
callas, y miras á el suelo
y tiemblas, y á tu garganta
ni aun el aire dá consuelo,
que cuanto miras te espanta,
desde la tierra hasta el cielo.
Y luchando estás en vano
por hablar, hora estás muda;
del crímen la férrea mano
á tu garganta se anuda,
con la sangre de tu hermano:
triste posicion és esa,
mas así estás bien, escucha
lo que te digo Condesa,
pues provocaste la lucha
y á mi honor así interesa:
la calumnia al escuchar
la frente al suelo incliné,
y os dejé Leonor, hablar;
mas pronto la levanté

tan alta cual debe estár:
limpia de toda mancilla
cual conviene á su nobleza;
la esposa de el de Castilla
hoy ostenta su pureza
digna de su régia silla.
Lanza ese innoble padron
contra Doña Blanca al mundo;
verás con admiracion,
que desprecio tan profundo
recibe tu acusacion.
Que la que honrada há vivido
y de noble y leal blasona,
aquella que dá al olvido,
que por robar su Corona
asesinarla hás querido,
no tendrá pruebas que hacer
que la abonen ante tí;
si nació frágil muger,
un corazon siente aquí
tan grande cual debe ser.
(*Pausa.*) Mas oh Dios, será esta guerra
fratricida y desleal
eterna? ¿No hay en la tierra
nada que acabe este mal,
que me aflige y que me aterra?
Juntas nos hemos criado,
y juntas hemos crecido:
¿porque, Leonor me hás odiado?

LEONOR. No és odio; hé obedecido
lo que el cielo me há ordenado.

BLANCA El cielo!

LEONOR. Sí, las estrellas
los astros me lo mostraron.

BLANCA. Ya lo comprendo, con ellas
tu espíritu encaminaron
de el crímen hácia las huellas.
Pobre hermana, la pasion
me cegó, é injusta fuí.

LEONOR. No merezco tu perdon...
BLANCA. Qué no lo mereces?.... sí....
Me lo pide el corazon. *(Se abrazan.)*

ESCENA IX.

Las precedentes: En el momento de abrazarse, aparece PERALTA *en la puerta del foro, sin ser visto de ellas.*

PERALTA. Juntas, se abrazan las dos.
No importa, que hoy se concierta
conmigo el infierno, y muerta
una há de ser, vive Dios.
BLANCA. Gracias oh cielos, ya el dia
luce, que anhelaba el alma,
con él, la paz y la calma
tornarán, hermana mia.
PERALTA. *(Presentándose de pronto entre las dos, dice descubriéndose.)*
Perdonad.
BLANCA. *(Viéndole.)* ¡Oh! Mi asesino! *(Se desmaya.)*
LEONOR. Se desmaya! *(Sosteniéndola.)*
PERALTA. *(Con calma.)* No os importe.
Quizá ese desmayo acorte
mucha parte del camino.
LEONOR. Callad Peralta.... ocasion
solo és de darla socorro.
PERALTA. En busca de ellos yo corro.
(Ap.) Ayúdame, corazon.
(Peralta sale, y vuelve á entrar al momento con una copa de agua.
LEONOR. *(Observando á Doña Blanca.)*
Apenas respira... mas...
ya vuelve....
PERALTA. *(Presentando la copa á Leonor.)* Dadle Señora.
un poco de esta agua ahora.
(Ap.) Esta és la ocasion.
LEONOR. ¡Jamás!

(*Toma la copa de manos de Peralta y le dá de beber á Doña Blanca.*)

PERALTA. Ya bebió.

LEONOR. Que és lo que dices?

PERALTA. Que su suerte está cumplida,
y no tornará á la vida.

LEONOR. ¡Ay... de mi... ¡Ay! infelice.
¿Qué hás hecho desventurado?

PERALTA. Daros un trono.

LEONOR. Sí, fijo
en tu intento atróz, mi hijo
con ella hás asesinado.

PERALTA. No entiendo...

LEONOR. La maldicion
de los cielos nos confunda.
(*Dirigiéndose á Peralta para arrebatarle la daga.*)
Déjame, deja, que hunda
tu acero en mi corazon.

PERALTA. Tened.

BLANCA. (*Con voz desfallecida.*) Leonor.

LEONOR. (*Con terror.*) Es su voz.

PERALTA. Aun vive.

BLANCA. Vén, cércate.

LEONOR. (*Ap.*) No acierto á mover un pié.

BLANCA. ¿Qué és esto que siento? Oh Dios:
un torrente abrasador
del pecho sube á la frente:
¿porqué esta sed tan ardiente
y esta agitacion?

LEONOR. Que horror.

BLANCA. Mi cabeza se estravia,
se desvanece... yo... muero
y morir Leonor no quiero,
que aun soy joven todavia:
mas... porqué bajas la frente?
porqué timblas?.. ¡oh!.. ¡qué idea!
no quieres... que... en... ella vea
tu crímen...

LEONOR. *(Se arrodilla.)* Soy inocente...
BLANCA. Con que mi sospecha és cierta;
aquí... un... asesino... miro...
yo ante... Dios... lo emplazo... espiro.
LEONOR. ¡Blanca! ¡Blanca! ¡muerta!
PERALTA. *(Aproximándose.)* Muerta!
(Momentos de pausa, durante los cuales, ambos permanecen aterrados.)
PERALTA. Huyamos.
LEONOR. Dónde?
PERALTA. No sé.
Esta atmósfera me daña;
huyamos á la montaña.
LEONOR. Y mi hijo? *(Con terror.)*
PERALTA. Le salvaré. *(Con desesperacion.)*
(Ambos salen dando señal del mas profundo temor, por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA X.

FERNANDO *entra por la puerta secreta con precipitacion: en la escarcela llevará unos pliegos arrollados.*

FERNANDO. Señora, por aquí: que es eso, duerme
(Reparando en ella.)
rendida de sufrir; pobre Princesa,
ni aun material reposo te concede
la contraria fortuna; y és violenta
su posicion. ¡Qué palidéz tan grande,
no parece un sueño natural.
(Vá hasta ella y despues de observarla dice.)
Dios! está muerta:
muerta! no puede ser, hace un momento.
(Mira á todas partes y recorre la escena con profunda agitacion; al llegar á la mesa fija la vista en la copa; se lleva ambas manos á la cabeza y esclama.)
Miserable de mí, esta es la prueba.
(Pausa.)
Al fin te asesinaron pobre víctima.

¡Para morir así, nacer tan bella!
Tienen esos malvados en el pecho
sangre de maldicion, sangre de hienas:
una venganza meditemos, pronta,
á cuyo són el Reino se estremezca:
la muerte de Gaston, és poca cosa.

(En este momento aparece el Conde de Lerin en la puerta secreta. Fernando le reconoce, y esclama dirigiéndose á él.

Padre.. Padre mirad, nos la dán muerta.

ESCENA XI.

Dichos y el CONDE DE LERIN.

CONDE. Venganza.

FERNANDO. Si, sí, venganza,
ya en furor el pecho arde,
la sangre de ese cobarde
corra á el bote de mi lanza.

CONDE. Y á ese aborto del infierno,
de ambicion mónstruo y de horror,
á quien le llaman Leonor,
vergüenza y baldon del Reino;
anuncie tu trompa fuerte
de el aire rompiendo el velo,
que su hermana está en el Cielo
y á Gaston le damos muerte.

FERNANDO. Si por Dios, sonó la hora;
¿nuestra gente?

CONDE. Ahí emboscada
y á una señal, preparada
para venir sin demora.

FERNANDO. Pues sea, y en guerra franca
venguemos su muerte aquí;
á mí valientes, á mí
venganza por Doña Blanca.

(Los dos últimos versos los dice desde la puerta secreta: despues de ellos, dá un punto con la trompa, que se repite dentro.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; la gente del Conde por la puerta secreta; la guardia de Doña Leonor por la del foro; Peralta por la segunda puerta izquierda. Por la primera se lanza Doña Leonor en el mayor desórden, atraviesa el proscenio, llega á donde está Doña Blanca, dá un grito, retrocede y viene á parar entre Fernando y el Conde de Lerin; allí repuesta algo de su turbacion, dice á Fernando.

LEONOR. De mi hijo vengo á saber:
dónde está?.. dónde... asesino?

FERNANDO. Cumplióse al fin su destino;
muerto.

LEONOR. No... no... puede ser.

FERNANDO. Muerto sí, y con él matára
toda tu generacion;
y aun así de esta traicion
la mancha no blanqueara.

(Fernando coje con violencia del brazo á Doña Leonor y la conduce cerca de Doña Blanca.)

Mira ese cadáver frio:
es tu hermana....

LEONOR. ¡Oh Dios, qué horror!

PERALTA. *(Dice á Doña Leonor.)*
Huyamos, Doña Leonor,
que aun en salvaros confio.

(Un soldado del Conde se adelanta á herir á Peralta. Fernando se interpone y mirándole de una manera provocativa, dice.)

FERNANDO. Tened, que solo mi brazo
su vida debe acabar;
mas yo no sé asesinar...
sál libre, fuera te emplazo.

PERALTA. Noble soy. Con un pechero
medir no puedo mi lanza.

FERNANDO. *(Arrojándole los papeles que lleva en el cinto.*
Al rostro el pechero lanza,
su nobleza al Caballero.

PERALTA. Villano!

FERNANDO. Raza mas alta
que la tuya, aunque te asombre,
me dió el sér.

PERALTA. ¿Cual és tu nombre?

FERNANDO. Fernando Beaumons, Peralta.
(Señalando al Conde.)
Ved mi padre á quien por suerte
hoy salvé de tu traicion.

PERALTA. Lanzóme su maldicion
el infierno; guerra á muerte.
(Dirigiéndose á Leonor.)
Venid, Señora, venid,
que en el campo esos bandidos
los vereis despavoridos
ante mis lanzas huir.

(Vánse Leonor y Peralta, segunda puerta derecha.)

FERNANDO. *(Dirigiéndose á los soldados del Conde de Lerin.)*
Al campo, y en lucha franca
sangre vertiendo á torrentes,
venguemos como valientes
la muerte de Doña Blanca.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 2 de Diciembre de 1865.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.